

sequios? En una república, donde todo se anivela, á nadie se hace la corte, porque no hay mas soberano que la ley, y á la ley no se adula. Tan solamente se estrella el orgullo de un republicano contra la sonrisa de una muger, único poder arbitrario que reconozca y de quien se constituya esclavo, pero esclavo arrogante, cuya alma lo mismo se entrega al amor que á la libertad, esto es, sin perfidia y sin doblez. Hé aqui la soberanía de la muger, si ella supiese entenderlo; pudiendo decirse que su verdadero trono está allí donde no existe mas que el suyo.

Mucho mas distantes se hallaban las mugeres que los hombres de la república cuando apareció en Francia; porque la educacion no las iniciára cual á estos en las de Grecia y de Roma, y las enervaba mucho mas el régimen de la monarquía. Y á pesar de todo, véase con que brío y esfuerzo respondieron al llamamiento que sonó, cuya voz desde el púlpito del nuevo culto político preconizaba sus austeros dogmas á los pueblos asombrados.

THÉROIGNE DE MÉRICOURT.

No hay muger alguna que haya tenido una vida mas multiforme, variable y camaleona, por decirlo así, que Théroigne de Méricourt. Ora cándida aldeana, ora amante apasionada, ora codiciosa cortesana de alto bordo, ora errante aventurera; luego amazona vengativa y sangrienta, amiga exaltada, oradora de clubs; y finalmente pobre alocada, arrastrándose en las losas de su casilla, y pidiendo á la pública piedad los inmundos alimentos que allí le arrojan: hé aquí lo que fué Théroigne. ¡Cuántas mugeres en aquel entonces hubieran trocado gustosas su vida monótona por la ardiente y llena de emociones de nuestra heroína! pero no hubieran bastado diez mugeres para llenar el papel que por sí sola desempeñó.

Ana-Josefa Théroigne, llamada Lambertine, y apellidada mas tarde la Liejana (1), nació en 1759 en el lugar de Méricourt, cerca de Lieja, de padres labradores honrados. Su gentileza, vivacidad y hermosura contribuyeron á hacerla el idolo de sus padres y á que la criasen con igual esmero y delicadeza que á una señorita de la ciudad; pero no bien llegó á cumplir los diez y siete años, cuando la borrasca de las pasiones vino á turbar la calma de su vida uniforme y templada.

Dícese que el hijo de un señor, cuyo palacio estaba inmediato á la humilde morada de la aldeanita, tuvo ocasion de verla, y quedó prendado á la par que sorprendido de encontrar en un pueblecillo tan pobre mas atractivos que en los mas ricos salones de Bélgica y Alemania. Igual impresion

(1) Nombres que se hallan inscritos en los registros de la casa de correccion de la *Salpêtrière*, donde estuvo encerrada.

produjo en aquella hermosa flor campesina la elegancia del señorito. Pusiéronse luego en movimiento tantas insinuaciones de amor invisible y tantos fuegos simpáticos, que sin necesidad de hablarse se hallaron ya avenidos los dos amantes. Ella por su parte en la efusion de un corazon tierno y de una naturaleza primitiva que aun no sabia percibir las distinciones sociales, entregó enteramente su alma, hermosura, porvenir y esperanza, no sospechando siquiera que su amante pudiese entregarse á ello de otro modo. El engaño fué tanto mas cruel, cuanto mas pura y confiada fuera la entrega; y cuando llegó á conocer que ella era pobre y él rico, que por un lado todo era burla y escarnio, mientras que por el otro habia tanto afecto, tanto amor, tanta idolatría, entonces se le patentizó toda la estension de su desventura, y aquella fatal pasion se convirtió repentinamente en su pecho en foco de odio inestinguible hácia unas instituciones que ahogaban el amor destruyendo la igualdad. Ya veremos esta primera centella que llamas tan terribles arrojará despues.

Por lo que ahora toca, pobre niña engañada, viéndose el objeto de las reprensiones de su familia y de los amargos sarcasmos de su pueblo, toma algun dinero, que dicen le dejó una tía anciana, y trasládase á Inglaterra. Misterioso velo cubre allí su vida, velo que es mejor no levantar, bastando decir que se presentára con todo el brillo de la juventud y la hermosura. Un talle de lo mas elegante, ojos de fuego, cara llena de encantos y espresiva, son prendas que le atribuye Mr. Dulaure y lo mismo todos los biógrafos contemporáneos. Suponen unos que con miras ya de elevarse, conquistó al príncipe de Gales, quien sostuvo con sus prodigalidades el lujo que ostentó en Londres. Asienta otro que se nombró condesa de Campinados, y que estuvo en tratos con el célebre cantor Tenducci. (*Souvenirs d'un Déporté*, por Villiers, pág. 224).

Sea como fuere, poco mas de tres meses residió en Londres, pues el capricho la hizo dirigirse á Paris. El duque de Orleans, á quien habia conocido en casa del príncipe de Gales, le dió varias cartas de recomendacion que le sirvieron para entrar en relaciones con Mirabeau y otros muchos miembros ilustres de la asamblea constituyente. No tardó en ser la

beldad de mas nombradía. (*Actes des Apôtres*). Cayeron en sus redes ricos asentistas, entre otros Mr. Percans. (*Biographie des Femmes célèbres*, por Prud'homme). En vez de desechar los obsequios de los grandes, procuró arruinar á todos los que pudo uncir á su carro, dirigiendo particularmente contra ellos su secreta venganza.

Pero no era esta aún la verdadera palestra donde debia llevarla su vocacion. Ya resonarán en su templo los primeros desmoronamientos del trono, y produjéran en su alma un estremecimiento de inesplicable gozo. Recordáronle, cual aparicion repentina, los agravios que tenia que vengar en una sociedad en que reinaban las funestas líneas de demarcacion, tras las cuales se encastillaban las clases privilegiadas para oprimir al pobre é insultar al desvalido.

A sus resentimientos parecia responder á la sazón una poblacion entera, y se iba trasmitiendo la efervescencia de unos á otros. ¿Qué hará una muger en este gigantesco arranque popular? ¿De qué servirá una elegante en medio del tumulto de las calles y los alaridos de la multitud, en medio de aquella lucha sin cuartel de los andrajos del estado llano contra los blasonados brocados de la aristocracia? Mil ideas prohija su imaginacion acalorada: propónese mezclarse en la refriega, hacerse pueblo, arengar á los grupos, estimularlos, agitarlos y comunicarles el ardor con que se abrasa.

¡Ya está resuelto! Decídese á arrinconar los vestidos incómodos de muger! Arroja sus aderezos de coqueta, y se viste de ágil amazona: vestido de paño azul; sombrero ladeado á lo Enrique IV; ancho sable en cinta, un par de pistolas en la faja, y un látigo en la mano, con puño hueco de oro que contiene espíritus y aromas para el caso de desmayarse y con el fin de *neutralizar el olor del pueblo*. Mas fáciles espresar la energía que manifiesta que lo graciosa que se presenta con este trage pintoresco; pero ella nada atiende; trátase de destruir á los reyes; y en sus venas no circula mas que soberanía!

La primera expedicion que emprende es la de los Inválidos. Verificóse cuando la reunion de los tres órdenes habia suscitado en Paris nuevos trastornos, y el rey juzgó necesario, para reprimir los agrupamientos sediciosos que diariamente

inundaban el Palacio Real y los cafés y disipar las cuadrillas organizadas que infundían el terror en las calles; reunir algunos regimientos cuyo mando se confirió al mariscal de Broglie. Exasperóse el pueblo con esta medida, y llevó al colmo su exasperación una moción de Mirabeau en que pedía la salida de aquellas tropas que privaban la libertad de las deliberaciones, y denunciaba los criminales proyectos de la corte.

La fermentación se acrecentó en la junta de electores de París con más violencia que en otra parte alguna. Aquella junta, compuesta por los electores del estado llano, no tenía más misión que la redacción de las actas y el nombramiento de los diputados, y no obstante se constituyó en cuerpo deliberativo. Necker le permitió continuar sus sesiones en un salón de la Casa Municipal, donde no tardó en erigirse en asamblea del comun de París y reinar soberanamente. Allí, repetimos, se dió el primer grito de insurrección. Presentóse una comisión de electores á la asamblea nacional, pidiendo la creación de una milicia urbana con el objeto de poner al pueblo en estado de defensa contra las siniestras intenciones de un rey que daba muestras de querer dirigir hácia la capital numerosa artillería; y la milicia urbana fué decretada.

Entonces no parecía sino que todo París estaba en combustión. Emprenden la marcha los habitantes del arrabal de San Antonio: arrastran tras sí á mil y doscientos guardias-francesas, que desiertan sus banderas: agrúpanse á ellos los vagos á bandadas; ponen en libertad á los presos de la *Force* y de la *Abbaye*; arden hachas de viento en todas partes; tocan á rebato, y relévanse los centinelas de la Casa Municipal invadida, que eran de la guardia de París, con hombres de brazo desnudo.

Convocan los electores á todos los ciudadanos para constituir en los distritos sesenta juntas deliberativas. Organízase un cuerpo de cuarenta y ocho mil hombres con el nombre de *milicia parisiense*, que en vez de la escarapela verde debe llevar por señal distintiva una escarapela encarnada y azul.

Ya se había asaltado el depósito de armas antiguas, y era cosa de ver unos calado el yelmo de la edad media, otros car-

gados de enorme rodela, otros con talabaste, otros con partesana, otro con un escudo del tiempo del rey Arturo; acá el asador del arrabal blandido cabe la lanza de Duguesclin, allá el sombrero de tres picos confundido con el almete, y acullá los cívicos botines con el quijote feudal. Y tal era el unánime entusiasmo, que apenas se echaban de ver aquellas grotescas disparidades.

Desempédranse las calles, constrúyense barricadas, pégase fuego á las puertas de la ciudad, en una palabra, nada se omite de cuanto pueda entorpecer el desarrollo y la acción de las tropas cuya entrada se teme. Detiéndense unas barcas cargadas de pólvora que bajaban por el Sena con destino á Versalles, y distribúyese. Pero faltan las armas, y circula la voz que en la casa de Inválidos hay inmensa cantidad. «¡A los Inválidos!» gritan por todas partes.

¡Y precipítase Théroigne al frente de los más ardorosos! Vuelan en pos de ella las jóvenes Paulina de Aunez y Luisa Bourgeois, también republicanas decididas. Reclutan de paso un inmenso gentío, hasta el cura de San Estevan del Norte, el denodado Gabriel Sevrée de Penvern, seguido de una multitud de sus feligreses á quienes anima con su ejemplo y entusiasmo. Llegan allá, y hallan las rejas cerradas y apuntados los cañones. Levántanse más de sesenta mil voces pidiendo que se presente el gobernador, sale este para informarse de la causa de aquel tumulto: y ya enterado de que se trata de franquear al pueblo todas las armas del depósito, retírase manifestando que va á deliberar sobre ello con su estado mayor. Pero sospechando la multitud que lo hace con el objeto de dar la orden para ametrallar al pueblo, prorrumpe este en rugidos de despecho, abalánzase, salta el foso, agárrase al enrejado, y pronto una turba de furibundos campea en los patios: fuerza fué abrir las puertas, mandando Sombreuil que lo fuesen á los *urbanos de París*. En un abrir y cerrar de ojos inúndanse salas, aposentos, bodegas, guardillas, jardines, y todos los rincones del vasto edificio; apodéranse de las piezas de artillería y las conducen á la casa municipal. El depósito de armas estaba escondido debajo de las bóvedas de la iglesia subterránea, en una espaciosa bodega; en un instante quedó

rellena de gente, y fué limpiada con tal celeridad, que á los diez minutos no se hubiera hallado en los Inválidos el mas pequeño mosquito ni el mas endeble cuchillo de monte.

Théroigne se halló en todas partes; las órdenes que daba eran obedecidas, pues la energía en semejantes órdenes equivale á los grados; marchaba á la par con los gefes Hullin, Elie, Ethis de Corny, etc. Mandaba colocar destacamentos en las puertas de la ciudad y puestos principales; detenía los correos que la corte enviaba de Versalles á Paris, y en una palabra, organizaba aquellas masas indisciplinadas y armadas repentinamente.

Pero, ¿que harán las masas, ébrias aun con aquella primera victoria y sin tener que batirse con las tropas que de un momento á otro esperaban ver caer sobre Paris, y ningunas se movian? Faltábale un alimento á aquel gentío inflamado. Aun quedaba una multitud sin armas y ansiando por tenerlas; saben que las hay en la Bastilla, y corren allá; esta nueva empresa aguijonea todos los ánimos, mantiene el calor en las cabezas y arremolinado todo un confuso é inesplicable presentimiento. En aquel momento parece que esas torres sombrías y amenazadoras representan el poder despótico personificado; no parece sino que al tomarlas por punto de mira y al tratar de derribarlas, se lleva por objeto derribar á aquel. Ya se figura Théroigne abatir y pisotear esa espina de orgullo aristocrático y de odiosas preocupaciones que la atormenta toda su vida; pone manos á la obra, y arrójase á lo mas recio del combate.

Sabido es como en dos horas fué ganada la Bastilla por asalto: la Bastilla, ese monumento inespugnable contra el cual se estrelláran todos los esfuerzos del valeroso príncipe de Condé. Todos participan de la grande obra del pueblo; asóciáanse á ella aquellos que no fueran mas que como espectadores y hasta se mezclan extranjeros: un jóven griego, súbdito del gran señor, al espectáculo de entusiasmo nacional que presenciára, se convirtió en francés y republicano.

Nuestra amazona fué una de las primeras que escalaron las torres, y se portó con tal gallardía que le concedieron un sable de honor y la contaron en el número de los vencedores de

la Bastilla. (Véase la toma de la Bastilla por Dussault, pág. 234, edicion de Beauoin.)

Desde entonces dió muestras de adoptar una austeridad de costumbres y una misticidad republicanas que contrastaban notablemente con la licencia de su vida pasada. Desechaba con menosprecio toda clase de agasajos y todos los obsequios de galanteo que se le dirigian; y no obstante apetecía y se introducía en las reuniones de hombres. Explica Dulaure que en su acento flamenco decia: «Yo no quiero á las *femmes franceses*.

Visitaba á los periodistas de mas valía, á los diputados mas afamados, á los mas sobresalientes literatos, y particularmente á Maria José Chenier, con quien se le veía con frecuencia; en sus casas disertaba sobre los negocios públicos, y hasta de literatura, de un modo espedito y agradable. (*Historia de la Revolucion*, por dos amigos de la libertad, pág. 78, tomo VII.)

Escogió en los mejores poetas franceses los versos que podían contribuir mas directamente á ecsaltar los ánimos, aprendiólos de memoria, y recitábalos con énfasis en su gerga mitad flamenca y mitad francesa.

Asistía á todos los clubs, á todos los grupos y á todas las fiestas revolucionarias. Mostrábase perennemente en el café Hottot, terrado de los Fuldenses (Feuillants), donde solian acudir todos los capataces, y se tramaban todas las diarias conspiraciones. Parecía que se multiplicaba: por la mañana, en las tribunas públicas de la asamblea nacional, por la tarde en los franciscanos, en los jacobinos, y en la sociedad fraternal, tomando la palabra en todas partes. Dotada de natural elocuencia, dicen los autores de la *Biografía de Bruselas*, y particularmente de suma facilidad para reproducir los lugares comunes patrióticos, que en aquella época constituían lo mas esencial del arte de la oratoria, peroraba en toda circunstancia con tal entusiasmo, que pocas veces dejaba de producir efecto.

En el distrito de los Franciscanos hizo un vehemente arranque sobre lo vergonzoso que era ver al rey alojado en suntuoso palacio, y á la asamblea en un picadero. (Véase un folleto titulado: *Noticia sobre la vida de Théroigne*.)

Camilo Desmoulins, en su *Diario de las Revoluciones de*

Francia y de Brabante relata lo que pasó en la sesión del club de los Franciscanos, donde él se hallaba el día en que se presentó Théroigne, en estos términos: «Ya estaba para retirarme, cuando se anuncia á una señorita joven.... Es superfluo decir que entre franceses y franciscanos nadie propone la cuestión anticipadamente. Era la célebre señorita Théroigne que venia á pedir la palabra y hacer una mocion. No hubo mas que un voto para admitirla en la barandilla. A su vista sobrecoge el entusiasmo á un digno miembro, y esclama: «Es la reina de Sabá que viene á ver al Salomon del distrito.»

«Si, contestó Théroigne, sacando de allí su exordio con la mayor serenidad; la fama de vuestra sabiduría es la que me guía ante vosotros. Probad que sois Salomon, que á vosotros está reservado edificar el templo, y apresuraos á erigir uno á la asamblea nacional: este es el objeto de mi mocion. ¿Podrán aun conllevar los buenos patriotas el ver al gobierno ejecutivo alojado en el palacio mas lujoso del universo, mientras que el poder legislativo reside en pabellones, ora en los Menus-Plaisirs, ora en el juego de pelota, ora en el Picadero, cual la paloma de Noé, que no halla donde sentar la planta? La última piedra de las últimas mazmorras de la Bastilla ha sido presentada á los pies del senado, y Mr. Canus la contempla arrobado cada día depositada en sus archivos; vacante se halla el solar de la Bastilla; cien mil operarios hay faltos de ocupacion: ¿qué guardais, pues, ilustres franciscanos, modelos de los distritos, patriotas, republicanos, romanos que me estais escuchando? Ahora mismo, en este instante, abrid una suscripcion para levantar el palacio nacional sobre los escombros de la Bastilla. La Francia toda se dará prisa en secundaros: solo espera la primera señal, dádsela; llamad á todos los mejores operarios, á todos los artistas de fama; emplazad á un concurso á los arquitectos; cortad los cedros del Libano, los abetos del monte Ida. ¡Ah! si jamás las piedras han debido moverse por sí mismas, no es para edificar los muros de Tebas, sino para construir el templo de la Libertad! para embellecer, para enriquecer este edificio, despojarnos debemos del oro y pedrerías; yo la primera daré el ejemplo. Ya sabeis que los franceses se parecen á los indios

pueblo inclinado á la idolatría; el vulgo se apega á los sentidos, y tiene necesidad de signos exteriores á quienes tribute adoracion. Desviad sus miradas del pabellon de Flora, de las columnatas del Louvre, y atraédselas hácia una basílica mas suntuosa que San Pedro de Roma y San Pablo de Londres. El verdadero templo del Eterno, el único que sea digno de él, es el templo en que se pronunciará la declaracion de los derechos del hombre. En la asamblea nacional abogan los franceses por los derechos del hombre y del ciudadano: hé aquí sin duda el espectáculo que mira con complacencia el Ser Supremo; hé aquí el obsequio que oye con mas placer que tipples y contrabajos de un *Kyrie eleison* ó un *Salvum fac regem*.

Fácil es hacerse cargo, añade Camilo, del efecto que produciria un discurso tan animado y aquella amalgama de imágenes sacadas del testo de Píndaro y de los del Espíritu Santo. Hubo esplosion general de aplausos. Resuélvese que se redacte una circular y se envíe á los cincuenta y nueve distritos y á los ochenta y tres departamentos; dase un voto de gracias á tan eminente patricia, y se declara, segun el cánon del concilio de Macon, en virtud del cual se reconoció que las mujeres tienen un alma y razon como los hombres, que es necesario impulsarlas á que hagan de ellas tan buen uso como la preopinante.

La circular principiaba en estos términos:

«¡Pueblos de la Bretaña, del Delfinado, de la Auvernia, etc.; vosotros todos, pueblos regenerados de las provincias del Norte, del Mediodía, etc; vosotros todos, Franceses, ora ya todos iguales, todos hermanos, todos ciudadanos activos; y vosotros en particular, patriotas distinguidos de los ochenta y tres departamentos, salud fraternal!

«Profundamente afligido el distrito de los Franciscanos del sinnúmero de sacrílegos libelos con que se tiende á entibiar en la opinion pública el respeto debido á la asamblea nacional, y sofocar en su cuna la nueva religion que profesan los pueblos á todo lo que tiene relacion con el bien público, la humanidad, la fraternidad, dioses que hasta ahora habian sido desconocidos; lleno aun de amargo dolor al recordar los días en que, con baldon eterno para la nacion, si Paris no la

hubiera vengado, recibiera esta en las personas de sus augustos representantes el postrer ultrage; en que los viera, con escarnio de viles cortesanos que lo estaban celebrando á risotadas desde las ventanas del alcázar de Versailles, interrumpidos en sus sagradas funciones, espuestos á la intemperie, sin poder merecer un asilo de un guardian de recoletos y por consiguiente reducidos á refugiarse en un juego de pelota; zaherido por la especie de mofa que se ha permitido al poder ejecutivo colocando al legislativo ora en una sala de los Menus-Plaisirs, ora en un picadero; considerando que desde que la nacion ha reconquistado la soberanía que usurpára el despotismo, es de suma importancia que tanto el francés como el extranjero, al echar la vista sobre los edificios en que residan los dos poderes, sepan distinguir desde luego el que ocupa el soberano y encierra los haces; que de otro modo no permanecerá mucho tiempo el poder supremo en manos del pueblo francés, porque un soberano sin palacio y dioses sin altares pierden pronto autoridad y culto; considerando que el terreno vacante en la Bastilla ofrece solar á propósito para erigir un palacio á la asamblea nacional; que aquel terreno, mancillado aun por la idea de las mazmorras que sostuvo, parece está reclamando que se purifique su aire con la construccion de este templo de la Libertad, y que es una idea feliz edificar el Capitolio allí mismo donde estuvo la Bastilla, cual edificaron los griegos en otro tiempo el templo de Delfos sobre el mismo lugar que habia servido de retrete á la serpiente Python; que conviene fijar la asamblea nacional en el centro de las luces, en la capital cuyo resplandor refleja el de todo el imperio, y por lo mismo conservar en su seno el congreso de los ochenta y tres departamentos, asiento de la magestad del pueblo francés, altar de la concordia, cátedra de la filosofia, tribuna del patriotismo y de la elocuencia y templo de la libertad, de la humanidad y de la razon, á donde acudirán todos los pueblos en busca de oráculos.... Resuelve, etc.»

Sin embargo, los historiadores que ya hemos citado, los dos amigos de la libertad, aseguran que no obstante su nuevo

puritanismo, estuvo aun en relaciones íntimas con el abate Sieyes y el republicano Gilberto Romme, uno de los mas acérrimos partidarios de este abate. Dicen que Romme venia á ser como un cuáquero, aparentando austerísima modestia y hasta desaseo, y que su figura era espantosa: obscuro, metafísico y alquimista político, cuyas extravagantes disertaciones es árduo reproducir; añadiendo que no puede darse nada mas cómico que el oír á la Théroigne querer dar aun mas realce á la mística de su maestro, y con figuras tan desproporcionadas entre sí verlos reirse á sus solas de su osadía é invenciones.

En medio del ascendiente demagógico que le grangeáran sus estrepitosas acciones, si hemos de dar crédito á lo que resulta de su correspondencia, publicada por el vizconde de V.... y, donde probablemente hay menos de verídico que de dramático, encontré un dia con su antiguo seductor el jóven señor que fuera causa de todos sus males, que habia regresado de Bélgica con el objeto de ver á sus parientes. Conociendo el peligro que corria, trató de evitarlo yendo á implorar el perdon de su antigua querida. Pero su vista solo contribuyó á aumentar su encono, y se mantuvo inexorable, dándole á entender lo mucho que tanto él como su familia habian de temer su venganza. Entonces le pregunta que es lo que puede hacer para ablandarla. «A ver, recapitulemos, contestó ella contando con los dedos: mi inocencia robada, perdido sin remedio mi honor, deshonrada mi familia, mi hermano y hermanas perpétuamente acosados por el escarnio de los hombres, el hijo de mis entrañas asesinado antes de nacer (parece que se hirió en una caída que le ocasionó la desesperacion de verse perdida) la maldicion de mi padre que á cada paso me abre un abismo.... desterrada eternamente de mi patria, alistada en la infame bandera de las rameritas... los crímenes políticos que cometeré, la execracion que mis futuras acciones prestarán á mi nombre, mientras dure este nombre en la memoria de los hombres; y finalmente, si existe un Dios, y nuestra alma es inmortal, cosa de que por complemento de desesperacion tu me has hecho dudar, la reprobacion eterna y los infinitos tormentos que me ama-